

**EL
MAHABHARATA**

Contado según la tradición oral
por Serge Demetrian

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

AL SHRÎ MAHÂSVÂMÎ,
SHANKARÂCHÂRYA MATH
Kâñchîpuram, India

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Cubierta e ilustraciones de Christian Hugo Martín

© Tradujo Mercedes Huarte Luxán sobre el original francés
Le Mahâbhârata. Conté selon la tradition orale

© Editions Albin Michel, 2006

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1725-3

Depósito legal: S. 607-2010

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

PRESENTACIÓN

El mundo del *Mahabharata*, «la Gran Historia de los Bharata», es esencialmente mítico: un mundo donde los dioses y los demonios se entremezclan con los hombres, donde los animales hablan y razonan, donde los fenómenos de la naturaleza, los ríos y las montañas son seres vivos; un teatro eterno cuyos actores mortales conquistan con su esfuerzo la categoría de semidioses, hasta imponer respeto a los imperios celestiales. Además, este cosmos se encuentra en continua renovación, ya que la transmigración* permite a cada criatura cambiar de cuerpo después de la muerte; renacer, por tanto, una o varias veces y adoptar la condición de los hombres, de los dioses, de los demonios e incluso de los animales o las plantas.

El genio de un ilustre poeta de la India al que tradicionalmente se conoce como Vyasa dio vida a este universo épico. Su fuente de inspiración fue un acontecimiento probablemente histórico: una guerra fratricida que habría tenido lugar en algún momento del siglo XIV a.C. Con el transcurso del tiempo, se fueron añadiendo al núcleo inicial relatos y leyendas, discursos éticos y filosóficos –como el *Bhagavad-Gita*, «El Canto del Bienaventurado»–, himnos de amor y de devoción dirigidos a las divinidades –como el *Vishnú-sahasranama*, «Los mil nombres de Vishnú»–, en un proceso de crecimiento típico de las obras populares indias. Actualmente, la epopeya contiene de 82.000 a 95.000 estrofas (*shloka*) según las

* Muchas de las palabras y expresiones indias, así como los nombres propios y los términos que aparecen en cursiva, aparecen explicados en el Apéndice o en el Glosario que se hallan al final del libro. Por otra parte, en el glosario se transcriben las palabras en sánscrito con algunos signos que indican cómo se pronuncian aproximadamente. Dichos signos, sin embargo, no se han mantenido en el cuerpo de la obra para no entorpecer la lectura.

versiones, entre unos 328.000 y 380.000 versos, que representan diez o doce volúmenes de una extensión media.

El *Mahabharata* y su epopeya hermana, el *Ramayana*, interesaron vivamente en Occidente cuando, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, se redescubrió la gran cultura india. A pesar de ello, el *Mahabharata* es un texto mal conocido, pues disponemos de escasas y obsoletas versiones íntegras a las lenguas occidentales. Un francés, Hippolyte Fauche, fue el primero que intentó ofrecer una traducción integral, que continuó Louis Ballin y fue publicada entre 1870 y 1899.

La versión abreviada que el lector tiene entre sus manos contiene en un solo volumen lo esencial del *Mahabharata*: la historia de los Pandava y los Kaurava.

La trama es simple: arrastrados por el Destino, dos clanes de la casta guerrera se enfrentan. En los dos bandos intervienen combatientes indómitos; se someten a la ley de la virtud o se apartan de ella; siguen o transgreden el código de honor de su casta, que recuerda más de una vez los principios de la caballería medieval europea. Por cuestiones de herencia el conflicto se agrava, y se enfrentan en él fuerzas inmensas. Únicamente las armas podrán zanjarlo. Toda la India antigua se moviliza. Los feroces guerreros escogen su campo. ¿Quién triunfará?

A lo largo de la obra, los pasajes en prosa, libremente adaptados, pero siguiendo estrictamente el desarrollo del original, aparecen salpicados de versos libres, traducidos del sánscrito. Hemos querido respetar así la forma de proceder de los narradores populares de la India meridional. Tanto ellos, auténticos especialistas en el recitado del *Mahabharata*, como las numerosas representaciones públicas a las que hemos asistido, han constituido para nosotros una inestimable fuente de inspiración*. Todas estas representaciones festivas, profundamente arraigadas en no pocas aldeas y ciudades tradicionales de la India, son mantenidas por narradores profesionales, que escogen los pasajes apropiados siguiendo una práctica transmitida de generación en generación.

* Especialmente en la ciudad tradicional de Kañchipuram.

En nuestro caso, dados los límites de nuestro libro, no nos ha sido posible seguir los variados caminos que abre esta manera de recitar el *Mahabharata*. Asimismo, hemos tenido que prescindir de algunas perspectivas magníficas que iban surgiendo y no siempre hemos podido acompañar al gran Vyasa en sus digresiones.

Atravesada por un aliento de profunda poesía, esta epopeya figura desde hace mucho tiempo entre las obras maestras de la literatura universal. Pero para los hindúes el *Mahabharata* es mucho más: representa una parte de su alma, pues el poema continúa hoy en su espíritu tan vivo como lo estaba en los tiempos en que vivía Vyasa, rodeado por sus discípulos, a orillas del Ganges. Verdaderamente, para la cultura india la epopeya fue, y sigue siendo en la actualidad, lo que había predicho Brahma, el creador: «El *Mahabharata* será la fuente de agua viva de los poetas».

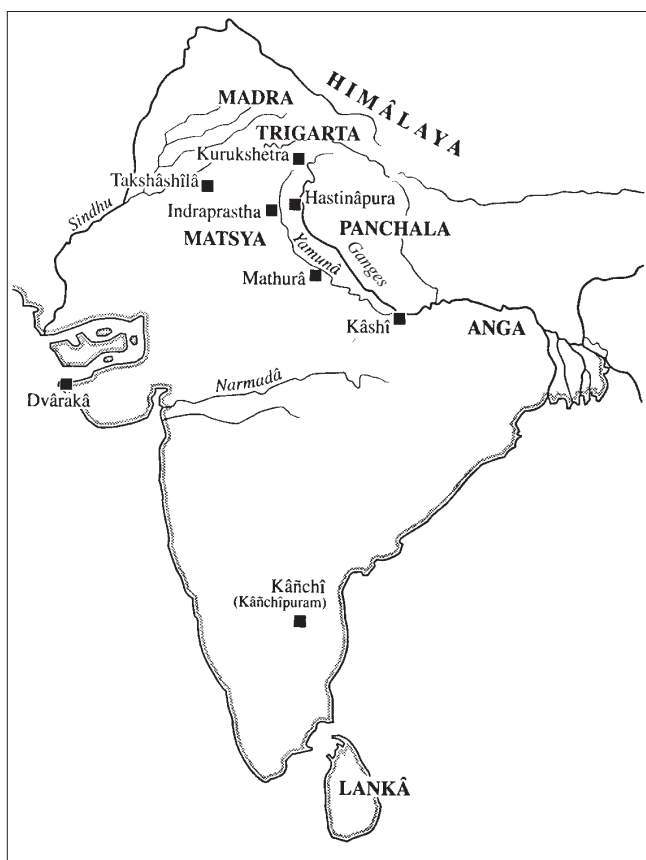
Esta obra es incluso más, pues si los poetas han extraído de ella su inspiración para innumerables poemas, novelas y obras de teatro; si los pensadores han desarrollado desde ella sus discursos morales y filosóficos; si los legisladores y los hombres de Estado han recogido múltiples reglas para su acción política y social, una amplia mayoría del pueblo hindú tiene asimilada esta historia en su vida cotidiana y toma a sus héroes como modelos de conducta.

Desde su infancia, los indios se sumergen en la atmósfera maravillosa del *Mahabharata* y del *Ramayana* gracias a los cuentos que escuchan a sus madres. La influencia prosigue en la escuela, donde los jóvenes aprenden a leer y a escribir con textos tomados de estas epopeyas. Luego los frecuentan toda su vida al asistir a las fiestas y a los espectáculos populares. En nuestros días, las películas y la radio retoman constantemente sus temas. Las dos epopeyas forman así el telón de fondo de la cultura india. La India moderna se llama, tanto en sánscrito como en las lenguas modernas de la India, Bharata, por el nombre del rey mítico Bharata de quien la epopeya toma su nombre.

De esta manera, una sutil y permanente comunión se establece a través de los siglos entre los personajes del *Mahabharata*, el autor de la epopeya y los hombres de hoy. En todo caso, cualquier profundización en la cultura india pasa necesariamente por el conocimiento de esta obra fundacional.

El famoso escritor indio contemporáneo Chakravarti Rajagopalachari, autor de presentaciones narrativas del *Ramayana* y del *Mahabharata* (Bombay 1993 y 1996), género muy popular en los países anglosajones y en la misma India, declara: «Quien lea mi *Ramayana* y su gemelo, el *Mahabharata*, aprenderá sobre mi país tanto como pasando un año en la India».

Obra eminentemente popular, que sale del pueblo y vuelve a él, con la que los indios siempre se han identificado y en la que siguen reconociéndose, el *Mahabharata* constituye una de las mejores imágenes de los indios y de la India.



La India en tiempos del *Mahabharata*.

EL MAHABHARATA



PRÓLOGO

Parashara, célebre ermitaño y futuro padre de Vyasa, debía su fama a los poderes que había adquirido gracias a tremendas austeridades.

Un día quiso atravesar el río Yamuna. Su mirada buscó una barca y precisamente allí se hallaba Satyavati, la hija de uno de los reyes de los pescadores. Con ojos risueños, pero agarrando con mano firme el timón y los remos, ofreció sus servicios al viajero, que subió al bote. La travesía era larga. El ermitaño contempló a Satyavati, que conocía su oficio y lo ejercía con elegancia. Parashara parecía abstraído. De pronto, se acercó a ella con estas palabras:

–Satyavati, elegida entre todas, acepta mi amor.

La joven lo miró con más atención; el ermitaño no le pareció ni viejo ni feo.

–¿Cómo voy a aceptar –le preguntó–, si pueden vernos desde las dos orillas del río?

–No tienes nada que temer –le garantizó el ermitaño. Y, con su poder mágico, hizo surgir una niebla tan espesa que ni la misma noche, que estaba a punto de caer, fue capaz de atravesarla.

Satyavati se sonrojó, bajó los ojos y murmuró:

–Soy una doncella. ¿Cómo podría volver a casa de mi padre sin haber realizado los santos ritos del matrimonio?

Parashara reflexionó.

–Seguirás tan pura como antes –declaró–, pero tienes que confiarme tu más preciado deseo.

–Ermitaño –replicó Satyavati–, a causa de mi oficio, mis vestidos y mi cara huelen a pescado. Remédialo, si así lo deseas.

Parashara pareció sumirse en sus pensamientos.

Satyavati hizo un gesto de sorpresa: el espantoso olor que la atormentaba se había desvanecido y había quedado reemplazado

por un perfume embriagador. Embelesada, besó a Parashara, y la barca se deslizó por algún tiempo sin timonel, a la deriva... Después Satyavati volvió a agarrar los remos y dejó al ermitaño en la otra orilla del río Yamuna.

Se dijeron adiós. Parashara se alejó y desapareció en el bosque; Satyavati lo siguió un rato con la mirada y luego regresó a su bote. La barquera no sólo seguía siendo virgen, como el ermitaño le había prometido, sino que la suave emanación de su cuerpo impregnaba el aire a su alrededor en tres leguas a la redonda. Desde entonces, los de su país la apodaron Ghandavati, «la Perfumada».

Con alegría, pronto se dio cuenta Satyavati de que iba a ser madre. Cuando llegó el momento, dio a luz a Vyasa, que, nacido en una isla en el medio del río Yamuna, recibió el apodo de Dvayapana: «El que nació en la isla».

Poco tiempo después del nacimiento de su hijo, Parashara se presentó de nuevo y, con permiso de Satyavati, se llevó al niño con él. Vyasa creció entre los ermitaños y, desde su más tierna infancia, dio muestras de que su corazón y su mente poseían elevadas cualidades. Más tarde, siguiendo el ejemplo paterno, se hizo a su vez ermitaño y, poco después, abandonó el lugar de retiro de su padre y escogió otro más apartado. Sus inclinaciones y cualidades lo llevaron aún más lejos, y pronto fue aclamado como un gran poeta, un místico, un santo. Acudió a él gran número de discípulos y muchos veían en él una encarnación de Vishnú, el Señor supremo.

En el transcurso de su larga vida, Vyasa se codeó con los más ilustres de sus contemporáneos; recibió numerosas pruebas de admiración y reflexionó sobre el destino de la India. Entonces concibió el propósito de narrar una inmensa epopeya que abarcaría todos los conocimientos acumulados acerca de su país y todas sus experiencias, y que estaría dedicada al bienaventurado Krishna.

La epopeya había tomado cuerpo en su espíritu y sentía el deber de realizarla para bien de este mundo. Pero Vyasa tropezó con una dificultad considerable: no sabía a quién dictársela, y la obra corría el riesgo de ser ignorada por las generaciones siguientes. Entonces, desde su cielo, Brahma, el Creador, observó el aprieto en el que se hallaba el asceta y se le apareció en persona. Maravillados por esta visión, Vyasa y sus discípulos juntaron las manos y se prosternaron ante Brahma. Vyasa le abrió humildemente su corazón:

—Oh, Brahma, he concebido un largo poema a la gloria del bienaventurado Krishna, encarnación de Vishnú, el Señor supremo*.

Serán revelados en él todos los misterios de las Escrituras y muchos otros.

Retomaré las Tradiciones antiguas que tratan de las diferentes edades del mundo.

Haré conocer en él las reglas de las castas, las creencias, las religiones, los principios de las filosofías, las dimensiones de la Tierra, del Sol, de la Luna y de los planetas.

Las artes, las ciencias, la medicina, la gramática, la finalidad de la vida de los hombres, de los dioses y de los demonios estarán comprendidos en mi poema.

La descripción de las ciudades, de las montañas, de los ríos, de los lugares elevados, de los mares, de los océanos, de las ciudades de los dioses hallarán sitio en él.

Los usos y costumbres de los hombres, el arte de gobernar en todas las naciones y todos los pueblos y el de construir las ciudades fortificadas, todo ello lo trataré.

Todo lo que en este mundo concierne a la ley de la Virtud estará contenido en el *Mahabharata*; lo que no figure no existe tampoco en otra parte.

Permíteme, Brahma, expresar un voto: que este poema sea una epopeya, que sea útil a los hombres, que les ayude a vencer a los enemigos exteriores e interiores.

Sin embargo, por desgracia, no he descubierto hasta ahora a nadie que quiera y pueda escribir a mi dictado; ¿de qué servirá el poema si no puede ser transmitido a los hombres?

Brahma, Creador y Padre de este mundo, le declaró:

—Tu elevado nacimiento me indica que se puede dar fe a tus palabras, impregnadas de santidad. El *Mahabharata* será la fuente de agua viva de los poetas, y tu poema será digno de ser llamado epopeya.

Los que lo oigan o lo lean serán revitalizados en su marcha hacia la Virtud, en la búsqueda de la verdadera naturaleza del mundo y de ellos mismos.

* Sobre la relación entre Vishnú, el Señor supremo, y Brahma, el Creador, cf. Apéndice.

Para bien de la humanidad, tu escritura será el mismo Ganesha, el hijo de Shiva, el Gran Dios. Piensa en él.

Brahma, cuya palabra tenía fuerza de ley, se elevó después a su propio cielo y desapareció.

Vyasa, fortalecido con la bendición de Brahma, dirigió su pensamiento hacia Ganesha, y el dios con cabeza de elefante, el que levanta y el que retira los obstáculos, el protector de los escritores y de los escribas, famoso por la belleza y la rapidez de su escritura, se presentó ante Vyasa. Parecía algo regordete y bonachón, pero el poeta lo recibió con el respeto debido a su divinidad; le rogó que se sentara y le comunicó sus dificultades: no tenía un secretario capaz de anotar correctamente y de prisa las dádivas de la inspiración poética; él, Vyasa, no era capaz de recibirlas y escribir al mismo tiempo.

Ganesha, que no emprendía nada sin antes madurar su reflexión, deliberó largo tiempo en su interior y acabó diciendo:

—Está bien, pero ten en cuenta que, una vez que comience el trabajo, no se me podrá interrumpir ni se me podrá retrasar.

—Si no entiendes bien cuando te esté dictando —replicó Vyasa—, párate.

De este modo, el poeta tomaba sus precauciones, al asegurarse el concurso del protector de los escritores.

—OM —profirió Ganesha, dando a entender así que estaba de acuerdo.

El trabajo prometía ser largo, por lo que hicieron que les llevaran una cantidad importante de hojas de palmera dispuestas para la escritura. Ganesha deseaba un estilete de punta afilada, y el bienestar de los hombres le importaba tanto que no dudó en cortarse uno de sus colmillos del más fino marfil. Y los dos se pusieron manos a la obra.

Vyasa dictaba muy de prisa y Ganesha le seguía de cerca. A veces, para darse un respiro, el poeta componía unas estrofas tan enrevesadas que hasta el omnisciente Ganesha se armaba un lío, y tenía que interrumpirse para tratar de comprenderlas. Mientras tanto, Vyasa componía tranquilamente otras estrofas. Los dos trabajaron así durante mucho tiempo y, cuando se detuvieron, la obra terminada estaba escrita a la perfección.

Así nació el *Mahabharata*.

Al borde de un lago sagrado, en el bosque Naimisha, cuyo nombre significa Lo-que-es-transitorio (el Mundo), descansaba un grupo de sabios y ermitaños. Acababan de asistir a una larga ceremonia; el tiempo se desgranaba lentamente. Por eso se pusieron tan contentos cuando divisaron a Sauti, el narrador; sabían que su saco de historias jamás se vaciaba; además, volvía de un largo viaje por la India.

—Acércate, Sauti, siéntate aquí con nosotros —le invitaron sonrientes—. ¿Es verdad, como se rumorea, que has oído entero el Mahabharata, la gran epopeya? ¿Y que has visitado los lugares que han sido testigos de esas acciones únicas? Tenemos curiosidad por saberlo.

Sauti saludó con deferencia a la noble asamblea y luego se acomodó. Sin hacerse mucho de rogar, ya que era parlanchín, comenzó:

—Sí, respetables ermitaños, habéis dicho la verdad. Yo he escuchado el Mahabharata con todos los detalles; luego he ido yo mismo en peregrinación a los lugares donde ocurrieron los acontecimientos y he reconocido punto por punto todas las descripciones. Me hallaba entre los invitados en la corte del rey Janamejaya, donde se desarrollaba un imponente sacrificio de la serpiente, cuando el Mahabharata fue cantado por el brahmán Vaishampayana, discípulo de Vyasa, el autor venerado de la epopeya.

—¿Estabas presente cuando sacrificaron a la serpiente? —interrumpieron los ermitaños—. Cuéntanos, entonces, por qué realizó el rey Janamejaya esta terrible ceremonia.

Entonces Sauti continuó:

El padre de Janamejaya era el rey Parikshit. Igual que su abuelo Arjuna, era un valeroso guerrero y un hábil cazador. Un día que estaba al acecho en un espeso bosque, alcanzó a un ciervo con una flecha. Para su sorpresa, el disparo no mató al animal, que huyó a través de los árboles; el rey emprendió su persecución y pronto se perdió entre los matorrales. Cansado y sediento, llegó a un lugar apartado en el que, sentado al abrigo de una roca, vio a un anacoreta en meditación. Parikshit le habló respetuosamente:

—Oh brahmán, Parikshit, el rey del país, te saluda. Persigo a un ciervo herido. ¿Ha pasado por aquí?

El ermitaño observaba en ese momento voto de silencio y permaneció inmóvil, como si no hubiera oído nada. El rey repitió su pregunta varias veces. Luego, furioso, recogió con el extremo de su arco una serpiente muerta que estaba en el polvo y la puso a guisa de collar en el cuello de su mudo interlocutor, que no se inmutó.

Extrañado por esta actitud y descontento consigo mismo, el rey regresó a la capital. Ignoraba el nombre de aquel que no se había dignado responder a un monarca. En cuanto al ermitaño, la nobleza de su corazón le impidió maldecir al rey por su impiedad.

Shamika, pues así se llamaba el brahmán, tenía un hijo, Shringi, también ermitaño. Este último, que era colérico e impetuoso, se hallaba ausente el día en que Parikshit había ultrajado a su padre y, cuando regresó por la tarde, se enteró por un vecino de la fechoría del rey.

Enfurecido, con los ojos inyectados en sangre, profirió esta maldición: «Ese que ha colgado una serpiente muerta del cuello de mi padre, el que ha insultado a los brahmanes, que muera dentro de siete días; que sucumba mordido por Takshaka, el príncipe de las serpientes; que el veneno de Takshaka lleve a Parikshit al país de Yama, dios de la Muerte».

Luego Shringi, humillado todavía hasta las lágrimas, se acercó a su padre y le contó cómo había maldecido a Parikshit: después de siete días, el cruel Takshaka hundiría al rey en el espantoso dominio de las tinieblas.

Entonces Shamika rompió su voto de silencio:

Lo que acabas de hacer, hijo,
no le agrada a tu padre;
quienes viven como nosotros
no obran nunca movidos por la cólera.

Abandona la furia antes de que ella
cause tu ruina;
todas las virtudes de un anacoreta
son pronto aniquiladas por la ira.

Mantente sereno, aprende a perdonar;
sólo el Amor te traerá
los bienes de este mundo
y los del más allá.

Vivimos en las tierras de Parikshit;
el rey nos protege;
¿lo has olvidado, Shringi?
Conviene que los hombres de nuestro estado
perdonen las faltas del rey;
nuestro bienestar depende de él.

Parikshit estaba cansado y sediento,
y no sabía que yo entonces
guardaba voto de silencio;
no me conocía,
pues nunca se había encontrado conmigo.

Confundido por estos justos reproches, Shringi se arrepintió de su arrebató, pero ya era demasiado tarde: la maldición, una vez pronunciada, debía cumplirse de una manera o de otra.

Shamika, queriendo evitar lo peor, envió enseguida a la corte real a su discípulo preferido, un distinguido joven, y le ordenó:

—Ve sin tardanza junto a nuestro monarca y adviértele de que mi hijo, considerándome insultado, lo ha maldecido. Yo no tengo nada contra el rey; lo olvidé todo en ese mismo momento. Que tenga cuidado con Takshaka, cuyo veneno consume como el fuego.

El enviado de Shamika se presentó ante el rey y le transmitió el mensaje. Parikshit se acordó de su gesto irrespetuoso y se afligió doblemente, pero la idea de su propia muerte lo apenaba menos que el recuerdo de la ofensa que había infligido a Shamika. Rogó al mensajero que expresara su aprecio al sabio y lo despidió.

Después el rey convocó urgentemente su consejo y discutió con sus ministros las medidas que había que tomar, pues temía el veneno de Takshaka. Tras la deliberación, Parikshit ordenó que se construyera a toda prisa un palacio encaramado sobre una única columna de granito pulido, y puso a su alrededor una fuerte guardia a la que dio severas consignas. Se rodeó también de numerosos médicos provistos de hierbas contra la mordedura de las serpientes, y de brahmanes, dueños de fórmulas secretas y de encantamientos para enfrentarse a los reptiles.

Protegido de esta manera, el rey cumplía con sus obligaciones, asistido en todo momento por varios de sus fieles consejeros. Parecía imposible que ningún ser vivo se le acercara. Incluso el aire tenía difícil acceso a él.

El séptimo día, cierto brahmán, de nombre Kashyapa, que había oído hablar de la maldición que amenazaba a Parikshit, llegó a Hastinapura, la capital, para tranquilizar al rey. Se decía: «Yo curaré al soberano si Takshaka le muerde; ganaré mucho oro y el mérito de haber salvado la vida del monarca».